

La Voz de Guipúzcoa

Jueves 20 de Enero de 1921

Diario Republicano

Año XXXVII.—San Sebastián.—Núm. 12.563

EL SANTO PATRÓN DE SAN SEBASTIÁN

EL DIA DE LAS CLASICAS TAMBORRADAS

Recuerdos de un donostiarra casi viejo

LA ILUSION QUE HUYO.—Y porque huyó la ilusión perdió San Sebastián su alegría, aquella alegría tan propia, tan donostiarra, que con tanto ruido se manifestaba siempre. Porque ilusión era la de aquellas almas que se encorriban en cuerpos de muchos años de vivir, cuyas cabezas cubría la nieve de las canas; ilusión lo que animaba á los ancianos de lueñas y blancas barbas á disfrazarse para tomar parte activa en comparsas y cabalgatas; ilusión la de aquellos graves señores que dirigían la vida del pueblo, y que organizaban con el mayor entusiasmo las alegres y vistosas fiestas que habían de dar renombre á San Sebastián; ilusión la de los muchachos; ilusión la que concedió honores de príncipes de la alegría á Brococo, á Marcial "sikiri", á "Pello Eshpaliñ", á "Ishkifia", á "Brakaman", á "Eche-kalte"; ilusión la que creó poetas como "Vilinh"... Todo era ilusión, adorable ilusión, en el pueblo de las "koshkas". Por eso, los donostiarras eran felices... Mas San Sebastián convirtióse en la playa cosmopolita por excelencia, y la ilusión huyó llevándose aquella alegría, muy de pueblo, pero muy honda. La señorita provinciana cambió su vida; hizose cortesana, y su ilusión huyó para siempre...

Hoy, los golpes de los tambores harán recordar á los viejos donostiarras aquellos tiempos; pero el redoblar no sonará en sus oídos como bullicio de la alegría. Atorarán su juventud, su ilusión perdida. Acaso, por un momento, vuelva á ellos aquella ilusión, aquella alegría... Pero pronto se desvanecerán. (Esto no es aquello, es una parodia) Y con razón repetirán: "Siempre tiempos pasados fueron mejores".

LA TAMBORRADA.—Cuentan las crónicas que allá, á mediados del siglo pasado, unos panaderos que, provistos de barriles, se encontraban junto á la fuente pública adosada á la iglesia de San Vicente, y que aún existe, fueron los "inventores" de la tamborrada. Era la madrugada del día de San Sebastián, Patrón de la ciudad, y los panaderos, que, por lo visto, se aburrían mientras esperaban el turno para hacer la aguada, agarraron los barriles á guisa de tambores, y despertaron al tranquilo vecindario con una diana tan original como ruidosa.

No cayó en saco roto el "invento" de los panaderos—que siempre se habían distinguido los donostiarras en acoger todas las ideas para organizar vistosos festejos—y lo que fué improvisación convirtiéndose en fiesta obligada del día de San Sebastián. Unos años más tarde, la "Unión Artesana" organizaba, "en serio", una tamborrada y tal éxito debió alcanzar el festejo que se repitió cada año.

En el año 1885 salió la tamborrada á las seis de la mañana. Formábanla una escuadra de zapadores "illiputienses" que vestían pantalón rojo, casaca verde, polainas y mandil blanco y cubrían la cabeza con un enorme morrión, casi mayor que ellos, pues estos "illiputienses" eran mu-



La tamborrada en 1881

(Dibujo caricaturesco de MARTÍN I.)

chachos de pocos años. Seguía luego otra escuadra de zapadores "Goliat", recios mocetones, un "sergent-major", provisto de un gran bastón, la banda de tambores y la banda de música.

Cambió la indumentaria y la composición de la "tamborrada" al año siguiente, aunque la música fué la misma. Formaban entonces la comparsa un jefe de guardias, un cornetín de órdenes, doce guardias donostiarras, vestidos lujosamente á la "Federica", un tambor mayor, diez tambores vestidos de "quintos" del primer imperio y los "barrileros-harineros", vestidos, como es natural, de blanco, con mandil y gorro.

En esta tamborrada se hizo justicia á los "inventores" de la fiesta, los panaderos de la fuente de San Vicente. En este año de 1886, formó parte de la comparsa el grupo de "harineros" provistos de sus correspondientes barriles como si fuesen tambores y ya, durante muchos años, siguió la buena costumbre de nutrir el grupo de los ruidos con unos cuantos "harineros-barrileros".

Hace ya unos años que, en las tamborradas no se ven "harineros" y que los barriles han sido sustituidos por tambores con parches de madera. Esto es una mixtificación y un olvido de los iniciadores de la fiesta eminentemente donostiarra.

De lo que no se ha prescindido, mas que en una sola tamborrada, es de su carácter militar en lo que á los uniformes se refiere. Se habían modificado inventando los trajes más absurdos, pero siempre han si-

do militares. Es posible que los primeros organizadores de la tamborrada hubieran querido caricaturizar al ejército extranjero que, cuarenta ó cincuenta años antes invadían España.

Añaden las crónicas que en 1887 salió también la tamborrada—siempre organizada por la "Unión Artesana"—á las seis de la mañana, pero no fué tan animada como las de otros años. En 1891 hubo de suspenderse á causa del horrible temporal de nieves, que había convertido á San Sebastián en una sucursal de Siberia.

Al año siguiente volvió á renacer la fiesta con mayor brillantez que nunca. La prensa elogió grandemente á la Unión Artesana por la vistosidad con que había presentado la comparsa, que dirigió, como tambor mayor, Clemente Carril.

Continuó celebrándose el festejo, ya tradicional, en el que tomaba parte la gente joven de la Sociedad y muchos años agarró el gran bastón de tambor mayor un donostiarra castizo, que fué muy popular: Angelito Minondo, de distinguidísima familia. Era una institución donostiarra dispuesto siempre á tomar parte en lo que fuese alegre.

El desastre de Ultramar no fué obstáculo para que la tamborrada continuase saliendo en la madrugada del día de San Sebastián. Filósofos siempre los donostiarras, acudieron á sus fiestas con mayor entusiasmo que antes para olvidar penas y, próxima la fiesta del Santo patrón, se mezclaban en las conversa-

ciones el recuerdo del ausente que luchó en las Antillas y en Filipinas, de los que allá quedaron para siempre y de los que pronto vendrían enfermos, con los proyectos para la gran fiesta "koshkas"... Lo que más tarde hizo el Ayuntamiento con un acuerdo, no lo consiguió el tremendo desastre que había sufrido España.

Llegó el año de 1900, último del siglo XIX, que no pudo ser peor para los españoles, y esto explica en parte el que en San Sebastián se tomasen las cosas con tan gran filosofía. Presidía la Unión Artesana don Martín Domínguez, y esta circunstancia contribuyó á que el Gran Casino colaborase en la organización de la tamborrada magnífica que dejó un recuerdo imborrable en cuantos la presenciaron.

Mucho dinero se gastó en aquella fiesta, verdaderamente suntuosa; pero ella aumentó la fama de que, desde muchos años atrás, gozaban las fiestas donostiarras.

Se nombraron comisiones, se trabajó desde mucho tiempo antes del día de San Sebastián, y resultó brillantísima la fiesta. Ni la hora, ni el aparato eran de tamborrada; sólo quedaba la música. Por eso, muchos donostiarras, á la vez que elogiaban la vistosa cabalgata, lamentaban que se hubiera roto la tradición.

De la plazuela de Lasala, como todos los años, salió hacia las diez y media de la mañana la famosa tamborrada. El tiempo era magnífico, lo que contribuía á que la gente se lanzase á la calle. El trayecto que había de recorrer la cabalgata estaba invadido por miles de almas, pues no sólo de los pueblos y capitales vecinas vino gente, sino también de Francia llegaban los trenes alestados. ¡Entonces, que la peseta estaba tirada!

Para representar á la Bella Esas se habían ofrecido numerosas señoritas, pero era condición indispensable ser donostiarra, y la elegida fué una señorita muy guapa, muy guapa, una verdadera belleza, llamada Ulpiana Rodríguez.

Abrian la marcha de la cabalgata dos heraldos á caballo, ricamente ataviados y seguíanles clarines y tambores. Luego marchaban los gastadores, que eran diecisiete chipirones mandados por un pescador; veinte "lampernas", que eran los tamboreros; otros doce "lampernas" tocando los barriles; sesenta músicos vestidos de "muscullus" y "dapas". A continuación seguía la carroza de la Bella Esas. Formaba esta carroza un enorme cangrejo de mar sobre cuyo caparazón se había colocado una gran concha de nautilus, en cuyo centro se encontraba el trono de la Bella Esas representada por la señorita antes mencionada, que parecía un hada de ensueño con su vestido blanco y vaporoso y ricamente enojada con alhajas que cedió don Pablo Beiner. La Bella Esas llevaba las riendas, grandes cintas de seda azul pálido, que mordían dos epaumes viejas que tiraban de la concha.

La carroza era arrastrada por cuatro buyes "disfrazados" de búhos, sobre

APROVECHARSE

Antes de comprar calzado, visiten la liquidación de EL SIGLO, que por reforma de local está realizando, en la Avenida, 20

Dr. R. Aramburu

CLÍNICA VÍAS URINARIAS Y SECRETAS
RESERVAORIDA, 10. TELÉFONO, 485
Consultas de once a una y de tres a cinco

TRASLADO

La Casa PEDRO MADRAZO se complace en ofrecer a su distinguida clientela su nuevo establecimiento—URBIETA, 9, ESQUINA A PRÍNCIPE—que acaba de trasladar de sus antiguos locales de Loyola, 10